ASTERISCOS

LO QUE EL VIENTO SE LLEVO

* * * El viento huracanado, que por estas fechas vuelve a arrasar implacablemente, de Norte a Sur, la maltratada geografía de Corea, está aclarando de camino las turbias entendederas, colectivas e individuales, de los enemigos o, más simplemente, de los hostilizantes detractores de la España de hoy.

A España no le sirvió nunca su posición anticomunista para despertar simpatías entre las democracias de América. No vamos a culpar a éstas de tamaña injusticia, ni mucho menos a enjuiciar el por qué de su casi general condenación. Las actas que registraron las mil y una discusiones de la O. N. U. en torno al desafortunado «caso español», registraron también los nombres de nuestros amigos junto al de los numerosos antipatizantes.

Lo que el viento se llevó ha sido—entre otras insignificantes cosas—la incondicional admiración americana por el comunismo y por la U. R. S. S. El huracán norcoreano y el ciclón comunista chino han deshojado, muy totalitariamente por cierto, la alegre y confiada margarita demoliberal. Este simún helado y denso, que tuvo sus ramalazos ya en Postdam y en Yalta, en Londres y en Lake Success, hoy amenaza llevárselo todo por delante, incluso el poso de historia más o menos gloriosa de la Humanidad, a que llamamos vanidosa y petulantemente Civilización o Cultura occidentales.

El vacío provocado por el ciclón comunista nada de extraño tiene que haya arrastrado tras de sí—hasta la mismísima España, por ejemplo—aquellas hojas que otro viento de la historia se llevó. Y es así que, junto a los empréstitos económicos concedidos en última instancia, van tomando tierra en el aeropuerto trasoceánico de Barajas, en Madrid, las orgullosas superestructuras, hoy amica-

les y sonrientes, de los nuevos embajadores, a cuyo frente destacan los de Inglaterra y de los EE. UU.

Hay que ver las vueltas que da el mundo y las cosas que se lleva y trae el viento.

EL DOGMA DE LA ASUNCION

* * * Con la definición del dogma de la Asunción son ya tres las verdades inconcusas que, en los tiempos modernos, han venido a acrecer el tesoro de la explicitación de nuestra fe. Primeramente fué la declaración de la Inmaculada Concepción; después, la afirmación de la Infalibilidad Pontifical; ahora, una nueva roboración de la condición privilegiada de la Madre de Dios. La primera cuestión había suscitado grandes discusiones teológicas durante la Edad Media y aun quedaban opiniones particulares reacias en el siglo XIX. En cuanto a la Infalibilidad, no sólo costó largos debates y votos contrarios en el Concilio Vaticano, sino algunas lamentables separaciones de la Iglesia Católica; recordemos entre ellas, como más ruidosa, la del gran teólogo alemán Döllinger. Nada de eso podía ocurrir con una verdad como la de la Asunción, reconocida desde la lejana antigüedad cristiana y festejada anualmente por todos los fieles el día de «la Virgen de Agosto», según el nombre impuesto por la devoción popular. Se ha planteado, en cambio, esta vez, en términos más o menos expresos, la cuestión de la oportunidad de tal definición, sobre todo con respecto a los protestantes afectos al «movimiento ecuménico», que en sus reuniones venían mostrando, junto a una gran deferencia y conatos de aproximación a la Iglesia católica, la viva nostalgia de la unidad religiosa entre los cristianos todos. Y, efectivamente, estos protestantes, en general, han acusado su contrariedad ante la nueva proclamación.

Y, sin embargo, en un plano más profundo, ajeno del tono a concesiones de respetable pero secundaria política, que deben ceder siempre el paso al portentoso acontecimiento de la entrada en el mundo de la Verdad, ¿no es el momento elegido justamente de una puntual pertinencia? Andamos los hombres hoy ayunos de verdades ciertas, constituídos en problemas vivos, inficcionada por la propaganda la fuente misma de nuestra información, inseguros de todo, perdidos entre «ideologías», confusos. ¿Qué cosa entonces más oportuna que la impartición de una verdad a la que poder entregarnos confiadamente? ¿De una verdad, además, nada pragmática, desinteresada como una pura contemplación beatífica? Estos son siempre los caminos de la salvación, lo mismo en el orden humano que en el sobrehumano: desobsesionarnos, sacar al enfermo mental de las cuatro paredes en que su monomanía le tiene encerrado, abrirle anchas perspectivas, convencer al egocéntrico, al atormentado por la preocupación terrena o religiosa de su destino, de que éste se enlaza con el de los otros hombres, de que una comunidad (en el orden religioso, la Iglesia, como cuerpo místico) nos acompaña, nos envuelve y—comunión de los santos—coopera a nuestra salvación. No es vana nuestra fe, decía el Apóstol, porque Cristo ha resucitado. Pero no sólo Cristo; también una persona humana está ya salvada para siempre en la integridad de su ser, en alma y en cuerpo:

María Virgen, esposa de José, madre de Jesús. Una criatura, elegida es verdad, pero igual que nosotros. Su cuerpo, empero, ha resucitado ya. Y esta resurrección es prenda y anticipo de la nuestra. Ha resucitado. No es que se librase de la muerte, según ingenua creencia antigua. Nadie, ni el mismo Cristo, ha estado exento de muerte. Pero este nuestro cómplice, nuestra víctima o nuestro verdugo; este cuerpo que «se comerá la tierra», un día, sin embargo, resucitará purificado, «esclarecido», de ella. Y esta redención del cuerpo, prefigurada en la Asunción a los Cielos del de la Virgen, ¿no es también la palabra infalible que nuestro tiempo necesitaba? El desventurado hombre de hoy, tantas veces martirizado o degradado en su carne, zarandeado entre «espiritualismos» que no son sino blanqueados sepulcros y «materialismos» que, haciendo verdad su nombre, tratan el «material humano» como la materia prima de experimentos tan vesánicos como gigantescos, ha oído del Vicario de Cristo para esa su «materia», para esa su «mitad de sí mismo», una palabra de justicia y una promesa indefectible. Y ello en la más pura persona humana que ha existido nunca, *in corpo nobile* por excelencia, el de la Santísima Virgen.

Pío XII ha definido un nuevo y bello dogma. Por la oportunidad con que lo ha hecho, que Dios se lo pague.

J. L. A.

¿LATINOAMERICA? ¿IBEROAMERICA? ¿HISPANOAMERICA?

* * * Esta última sección de la Revista no tendría apenas sentido si en ella no se reflejaran—tratados polémicamente—los asuntos, los «problemas», los interrogantes más vivos y asenderados del mundo actual. Y tanto más cuando estos problemas atañen esencialmente al mundo hispanoamericano.

Nosotros no somos formalistas; ni en literatura, ni en arte, ni siquiera en política—somos agnósticos frente a los llamados géneros literarios, que extendemos a todos los de la creación espiritual—; sin embargo, hay veces en que los nombres tienen su gran importancia, ya que la palabra, cuando sólo se le considera «voz», debe ser hallada, escrita y sonorizada con precisión, siendo la justa, la única, la intransferible. Tal es la justeza de la «voz» en poesía, y también el arte que en periodismo práctico se podría llamar «de la buena titulación». Titular no es fácil, pues no es sencillo penetrar la esencia de las cosas y verificarla seguidamente en su objetivación. Por todas estas razones, hoy vamos a ser formalistas, trayendo a colación el tan arriscado y también partidista asunto de *¿Latinoamérica?*, *¿Iberoamérica?*, *¿Hispanoamérica?*...

Si la discusión estuviera entablada en un terreno meramente histórico o lingüístico o—digamos generalizando—cultural, aquí no había comentario; pero es el triste caso que los nombres, y lo que ellos tienen de bandera, sirven ahora para dar cartel a complicadas posiciones políticas. Por este motivo, esta glosa se atendrá—luchando contra toda utilización política—a términos nada más que culturales, y culturales serán siempre sus argumentos, su dialéctica y sus fines.

Se prefiere, a veces, la denominación de *latino* por entender que ésta es más amplia y comprensiva; pero no se cae en la cuenta de que el concepto

de *hispánico*, si es más restrictivo en el número, es más comprensivo en la esencia, ya que es asumente de lo *latino*. Vale la pena destacar el magnífico acierto del gran pensador uruguayo José Enrique Rodó, quien, en su artículo titulado «Ibero-América», dice así:

No necesitamos los sudamericanos, cuando se trate de abonar esta unidad de raza, hablar de una América latina; no necesitamos llemarnos latino-americanos para levantarnos a un nombre general que nos comprenda a todos, porque podemos llamarnos algo que signifique una unidad muchos más íntima y concreta: podemos llamarnos «ibero-americanos», nietos de la heroica y civilizadora raza que sólo políticamente se ha fragmentado en dos naciones europeas; y aun podríamos ir más allá y decir que el mismo nombre de hispanoamericanos conviene también a los nativos del Brasil; y yo lo confirmo con la autoridad de Almeida Garret, porque siendo el nombre de España, en su sentido original y propio, un nombre político o de nacionalidad, el Portugal de hoy tiene, en rigor, tan cumplido derecho a participar de ese nombre geográfico de España como las partes de la Península que constituyen la actual nacionalidad española; por lo cual Almeida Garret, el poeta por excelencia del sentimiento nacional lusitano, afirmaba que los portugueses podían, sin menoscabo de su ser independiente, llamarse también, y con entera propiedad, españoles.

Permítasenos a nosotros, apoyados en la anterior cita del autor de *Ariel*, aquilatar en breve y ojalá exacta fórmula las distinciones entre latinoamericano, iberoamericano e hispanoamericano.

En lo latino, es decir, en la cualidad cultural y social de formadas por Roma y herederas de Roma que tienen en manera particularmente intensa y entrañable las nacionalidades de idiomas romances, convienen Italia, Francia, Portugal, España..., nacionalidades que con la herencia idiomática latina de la Roma lupina han granjeado también históricamente la herencia religiosa, católica, de la Roma sagrada, vaticana.

Aceptado así el término de cultura latina, incluso de comunidad latina o «latinidad», algunos han transferido directamente la apelación de latinas, con rebuscada restricción de referencia a lo francés y a lo italiano, a la cultura y nacionalidades hispanoamericanas.

España, naturalmente, se siente heredera y orgullosa de la buena latinidad en que fué recriada; pero en estricta justicia, tiene que reivindicar para la cultura y nacionalidades hispanoamericanas el apelativo de hispánicas, como alumbradas inmediatamente de la matriz española.

Hispanidad y latinidad no se oponen, naturalmente; pero lo hispánico es el trámite *sine qua non* de la intermedia paternidad históricamente habida entre lo latino europeo y lo remoto latino americano. El primer apellido, por tanto, de lo americano no anglosajón ni canadiense es el hispánico. Y, por supuesto, hispanidad ultramarina y latinidad europea sólo pueden encontrar ensamblaje internacional en lo hispánico «asumente» de la herencia latina y «originante» de la finalidad hispanoamericana.

Y, como bien señala Rodó, dentro de lo hispánico caben juntos e íntegros lo español y lo luso. Pues lo ibero y lo hispánico se hallan entre sí como la materia y la forma, y ambas comunes para España y Portugal. Lo ibero, en

efecto, es como la infraestructura, lo espontáneo, lo étnico y temperamental subyacente en lo español y lo portugués; lo hispánico, en cambio, es la alta estructura, la determinación cultural, la forma histórica de lo español y lo luso.

¿Cuestión de nombres? No: cuestión de historia gloriosa pasada, de difícil historia presente y, sobre todo, de común y esperanzada historia futura.

POESIAS INEDITAS DE UNAMUNO

* * * En el libro que Hernán Benítez dedica a la personalidad literaria y humana de Unamuno, con motivo de la publicación de sus cartas a Ilundain, vienen algunas poesías inéditas del gran poeta metafísico y del gran angustiado vital (pero con fe y con esperanza, con ganas de sobrevida y necesidad de consuelo) que fué, en vida y en espíritu, nuestro antiacademicista y antiesteticista y anti tantas cosas más, don Miguel de Unamuno. Cuando otros van por el camino del o de los existencialismos, nosotros podemos volver—con él—e instalarnos mucho más adentro en el sentido verdadero de la existencia humana. Don Miguel es mucho más hondo y muchísimo más amplio—a pesar de su literatura—que la versión oficial y disminuída para franceses de ese existencialismo.

Como la fecha de publicación de las poesías contenidas en el *Cancionero* inédito de don Miguel continúa siendo desconocida para nosotros, vamos a poner a nuestros lectores en contacto con esos poemas que sobrenadan casi perdidos dentro de la generosa verbosidad de la prosa de Benítez. No son muchos, por desgracia, y tal vez por eso mismo debamos agradecérselos aún más al autor del libro.

En primer lugar, este soneto, uno más de los que don Miguel se complacía en componer con ocasión de sus cumpleaños:

AL CUMPLIR MIS SETENTA Y DOS AÑOS

Un ángel, mensajero de la vida,
escoltó mi carrera torturada;
y desde el seno mismo de la nada
me hiló el hilillo de una fe escondida.

Volvióse a su morada recogida,
y aquí, al dejarme en mi niñez pasada,
para adormirme canta la tonada
que de mi cuna viene supendida.

Me lleva, sueño, al soñador divino;
me lleva, voz, al siempre eterno coro;
me lleva, suerte, al último destino;

me lleva, ochavo, al celestial tesoro,
y, ángel de luz de amor en mi camino
de mi deuda natal lleva el aforo.

Sólo que esta vez fué el último, ya que el soneto lleva la fecha de 29 de octubre de 1936. No creemos que un adorador tan acérrimo como Unamuno

del Verbo de Dios vivo, es decir, de Jesucristo Dios y Hombre, haya podido prodigar con exceso, a lo largo de su obra poética, el culto a los ángeles. De acuerdo con San Pablo, creemos que se excluyen un poco, mutuamente. Cuanto más Cristo, menos ángeles; cuantos más ángeles, menos Cristo. Y nos sentimos, con don Miguel, más cristianos que angélicos.

Emparentado con el tema de la niñez recobrada conforme se acerca uno a ese desnacer que es el morir, está el siguiente romance, fechado en diciembre de 1936, es decir, en el mismo mes de la muerte de Unamuno:

Agranda la puerta, Padre,
porque no puedo pasar;
la hiciste para los niños,
yo he crecido a mi pesar.

Si no me agrandas la puerta
achícame, por piedad,
vuélveme a la edad bendita
en que vivir es soñar.

Gracias, Padre, que ya siento
que se va mi pubertad,
vuelvo a los días rosados
en que era hijo no más.

De mis hijos hijo ahora
y sin masculinidad,
siento nacer en mi seno
maternal virginidad.

Estas dos últimas estrofas son valientes y nuevas de contenido dentro de la totalidad de su obra poética publicada. En cambio, en *Teresa* hay una oración a la Virgen relacionada con la idea que expone en las dos primeras:

Tú, Señora, que a Dios hiciste Niño,
hazme niño al morirme.

En el *Epílogo* de la obra de Manuel Llano: *Dolor de tierra verde,* cita Gerardo Diego una breve poesía de Unamuno «escrita con lápiz al fin de *Brañaflor*», otro libro de *Nel,* y el primero que don Miguel leyó. Son dos cuartetas octosílabas en las que trata también el tema de la vuelta a la niñez:

Palabra que oí de niño
y no he vuelto más a oír;
palabra toda cariño
que le hace al sueño dormir.

Cuento fresco como el alba
cuando el sol va a despuntar.
Cuento sin fin que nos salva,
cuento de nunca acabar...

No sabemos, por la cita de Gerardo, si la poesía continúa, aunque el sentido y los puntos suspensivos nos lo hagan sospechar.

Otro soneto, recogido por Hernán Benítez, lleva también la fecha de 5 de diciembre del año de su muerte:

Y es como el silencio de una estrella
por encima del ruido de una ola.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

Momento, movimiento, monumento...
el instante hace siglos de reposo;
inmensidad el punto; deja poso
la casi nada de infinito asiento.

La bóveda mentida, el firmamento
mira con muda sorna al presuroso
mortal que hace a este mundo coso
y corre sin guardar aire de aliento.

Una vida vivida es contrapunto,
es camino que para en la posada
y está en camino y fuera todo junto

si por dentro disperso, y todo nada.
Ni el arranque ni el cabo es nuestro asunto.
Envés, revés, son partida y llegada.

Otro romance, puesto como cita al frente de un capítulo, no lleva fecha:

—Madre, llévame a la cama que no me tengo de pie.
—Ven, hijo, Dios te bendiga y no te deje caer.
—No te vayas de mi lado, cántame el cantar aquél.
—Me lo cantaba mi madre, de mocita lo olvidé;
cuando te apreté a mis pechos contigo lo recordé.
—¿Qué dice el cantar, mi madre, qué dice el cantar aquél?
—No dice, hijo mío, reza, reza palabras de miel;
reza palabras de ensueño que nada dicen sin él.
—¿Estás aquí madre mía? ¿Por qué no te logro ver?
—Estoy en ti, con tu sueño; duerme, hijo mío, con fe.

No es lugar, este asterisco humildísimo, para un poema así, seguramente el más hondo y santamente conmovedor de todos. ¿No habéis caído en el gran acento de santidad que cobra a veces la poesía de nuestro gran hereje? Por último, queremos entresacar de una de sus cartas a Ilundain estos otros versos —¿fragmento de un poema?—pertenecientes a otra época, pero también, que nosotros sepamos, inéditos:

Canta, cigarra, canta sin descanso.
Une tu voz monótona y sencilla
al coro universal hondo y solemne.
Lleva tu pobre nota repetida
al concierto sinfónico del mundo.
Canta, cigarra, canta en la campiña
de tu efímero paso por la tierra
el siempre vivo amor.

Vierte tu nota que aunque pobre es tuya
en el inmenso coro de los seres.
Déjala sin pensar que en él se pierda
como en el mar inmenso gota leve.
Déjala porque es vida soberana.
Es más profundo ser el de esa muerte;
y así al amor universal y eterno
confluirá tu amor.

Seguimos esperando cada día con mayor necesidad espiritual la publicación del *Cancionero inédito* de don Miguel.

L. F. V.

SINCLAIR LEWIS QUISO MORIR EN EUROPA

* * * En un pequeño cementerio de la Roma romántica—cementerio, por añadidura, protestante—, los restos mortales del escritor norteamericano Sinclair Lewis han sido incinerados humildemente. El Premio Nóbel de Literatura 1930 ha reposado unas horas, silencioso e inmóvil, junto a las tumbas de los grandes poetas ingleses John Keats y Percy B. Shelley, a la espera de que sus cenizas vayan volando—como corresponde a un hijo del siglo de la técnica—hasta un pueblo del Medio Oeste yanqui, allá por Minnesota.

No han sido, ciertamente, los diarios y revistas norteamericanos los que han prestado mayor atención en sus páginas a la desaparición del primer Premio Nóbel de su historia literaria. Se dice, como opinión general, que lo que en 1930 tuvo una vigencia real y efectiva—tal es el caso de *Babbitt* y de *Main Street*—fué barrido por el ímpetu creador y progresista de un pueblo que supo hacer frente a la creciente complicación de un mundo en crisis. El hombre que hizo blanco en el corpachón amoral del ciudadano yanqui de 1920; el que dió acceso científico y popular al «babbittismo»; el que fustigó implacablemente aquella época materialista y sin fe de la primera postguerra, ha querido ver impasible cómo Norteamérica seguía en su camino de Damasco, entre *cracks* financieros, agitaciones políticas y sociales, luchas hegemónicas, guerras en Europa y en Oceanía, y ahora, esa Corea lejana y anhelante que se traga con indiferencia los mejores hijos de sus Estados.

El hombre que, en 1920, azotó implacable el «mal del país», hoy declara: «Yo no soy reformista y, en realidad, me tiene sin cuidado...» Y Sinclair Lewis, renunciador del Premio Pulitzer, Nobel en 1930, autor de veinte novelas y de varias obras teatrales, se decidió a última hora por un viaje, y quiso, muy viejo y achacoso ya, morir en Europa.

—Me voy con toda mi casa a cuestas a un pueblecito cerca de Florencia, y allí espero que mis días se extingan plácidamente.

Mientras tanto, se dice que en Corea ha sonado la voz de «alto el fuego»; que el mes de enero es mortal para los escritores, ya que al nombre de Lewis hay que añadir también el del mejicano Xavier Villaurrutia y el del francés Maxence van der Meersch, y que en los EE. UU. apenas algún erudito del siglo concede atención a la figura desgarbada y alta, con su pelo rojo y ralo, del que fué durante un par de lustros largos su primero y universal prestigio literario.

C. R.

LOS COMUNEROS DEFENDIAN AL FEUDALISMO, DICE EL DOCTOR MARAÑON

* * * No queremos ser uno más en la nutrida e inacabable lista de detractores del sufrido siglo XIX. Positivamente al contrario, nuestra modesta opinión se ajusta a un superávit de las bondades del maltratado siglo en contra de sus maldades o malandanzas. Pero no nos sentimos con embargo alguno cuando se trata de justipreciar—casi de condenar—los cien años decimonónicos sobre

el terreno de la interpretación histórica en los países de habla española. En la difícil tarea de la historiografía, justo es confesar y lamentarse de que el siglo del liberalismo ha tenido pésima mano a la hora de aclarar, a la luz de la nueva ciencia histórica, los acontecimientos aun no perfilados verdaderamente. La famosísima «leyenda negra» española, la Inquisición, el período de gobierno en América, etc., han sido otros tantos latiguillos con que los historiadores, al servicio de causas no científicas, intentaron desacreditar, y siempre vilipendiar, la trayectoria histórica de una nación—poderosa entonces—como la española. La escuela del historiador desacreditante se extendió no sólo entre países que, como Inglaterra o Francia, tenían sus razones históricas para provocar la baja de los valores hispanos, sino también en Hispanoamérica, en su período finisecular. Tal es, entre otros muchos, el caso del historiógrafo argentino Adolfo Saldías, quien, en 1893, publica una obra, *Cervantes y el «Quijote»*, en la cual nos demuestra (¡!), merced a la ciencia histórica al uso, que Cervantes no se propuso combatir los libros de caballería, sino preferentemente arremeter contra los gigantes del absolutismo, encarnado—según él—en las figuras rectoras de Carlos V y Felipe II, destructores de las «libertades populares», de las cuales fueron paladines paradigmáticos los famosos Comuneros de Castilla, Bravo, Padilla y Maldonado, decapitados en Toledo por orden del vencedor de Mühlberg.

Lástima grande que el señor Saldías no haya tenido la paciencia de esperar medio siglo para oír en Madrid una conferencia del gran historiador moderno doctor Gregorio Marañón sobre «La emigración de doña María de Padilla y de los otros comuneros»... Lástima, porque de esta forma se hubiera advertido de la causa que defendieron los comuneros castellanos, a los cuales prestaron sus respectivas cabezas de turco, los Padilla, Maldonado y Bravo. Porque el doctor Marañón ha esclarecido soberanamente cómo los comuneros, lejos de defender un liberalismo de época, o las llamadas «libertades del pueblo», fueron no otra cosa que un ejército de nobles resentidos, arrinconados por la visión europea y universal del adolescente rey Carlos, y que luchaban por asegurarse los huidizos privilegios de un feudalismo ya muerto, redivivo al socaire de la locura —no de amor, ciertamente—de Doña Juana y de la debilidad somática de Felipe el Hermoso.

Lástima grande que el liberalismo decimonónico no fuera un poco más riguroso en la investigación histórica. Con ello se hubiera librado de la solemne plancha de darlos nombres de los supuestos cabecillas comuneros a numerosas sociedades coetáneas de conspiradores. Esperamos que la historiografía moderna nos demuestre que estas conspiraciones de los novecentistas fueron más liberales y defensoras del pueblo que aquellas del siglo XVI, que lucharon, a punta de lanza, por el derecho de mesnada y el señorío de horca y cuchillo.

Gracias en parte al doctor Marañón se han aclarado tan oscurecidos puntos de la Historia de España. No se puede crear la auténtica historia si se la quiere polarizar desde los prismas parciales de una política de partido. Una historia del XVI español, escrita desde las apetencias políticas liberales del XIX, sólo pudo acarrear los grandes despropósitos interpretativos que han deformado la mentalidad de miles de hombres colocados virginalmente ante una época decisiva de la vida española como pueblo y como nación.

Agradezcamos sinceramente al doctor Marañón, una vez más, su ayuda ejem-

plarísima en uno de los más duros y peligrosos menesteres del intelectual moderno. No es sencillo ni inocuo arremeter contra molinos que la costumbre ha convertido, rutinariamente, en desaforados gigantes.

E. C. R.

LA MUERTE DE XAVIER VILLAURRUTIA

* * * La muerte siempre. En el final de la carrera del vivir y de los días de nuestra alma, ella estará esperando para llevarnos a Dios (así preferimos sentir y aguardar esperanzados).

Esta muerte de siempre, esta muerte fiel, ahora ha llamado—y penetrado—a la morada de un poeta que fina y emocionadamente dialogó con ella, mientras contaba (conversacionalmente) la historia de su vivir. Porque ¿para qué sirve la poesía que se reserva el claro y oscuro vivir cotidiano?

Un gran poeta de hoy—Luis Rosales—ha señalado que el poema de nuestro instante, de nuestra circunstancia, tiene que ser necesariamente caritativo y confesional. «¿Hemos vivido o no?», deberíamos preguntarle a todo libro que aspire a sobrevivir. ¿Hemos vivido o no?, nos atreveríamos a inquirir a todo poeta que abandona la tierra.

Hoy, otra vez, la muerte ha vuelto a tocar a un alma fina, sensible, y a una inteligencia ágil y enterada. Era Xavier Villaurrutia un espíritu amplio de humanista, un ser dotado de esa rara capacidad de suscitar en el alma de otro el milagro de la belleza. Fué buen crítico literario, y la pintura mejicana de hoy, y parcialmente la europea, le deben agudas (¡qué lástima que fueran tan breves!) y aclaradoras apreciaciones. Realizó también, con viveza, obras teatrales, en las cuales el mayor resplandor fué el de una inteligencia despierta y analítica. Pero ante todo fué poeta. Y su tema, su más vivido y repetido tema, fué el de la muerte.

Noche y muerte se conjuntaron para formar su canción, mejor, para vivificar el monólogo de su corazón y de su palabra afiebrada frente a las brasas de la muerte. Sus dos libros capitales fueron *Nostalgia de la muerte* (1938) y *Décima muerte* (1941). Nosotros, humildemente, preferimos el primero.

¿Por qué caminos irá el poeta ahora? Preferimos pensar que por el que conduce a un cielo ancho y azul, en el que se abre, luminosa, la dicha. Ahora que la muerte, tan habitual visitante de los poemas del poeta, ha penetrado hasta el más leve palpitar de su sangre, hasta la más oculta y temblorosa palabra de su alma, ¿será cierto—como en uno de sus poemas—que ha entrado «en la alcoba de un mundo en el que todo ha muerto»?

No. Porque esta pregunta no tiene razón y sentido de ser ante la «esperanza» que nos entregó, personalmente, un Dios vivo y humano, este Dios único que hace arder al cristiano en una hermosa y fundamental esperanza de, allende la muerte, regresar con una vida mejor y más verdadera. Villaurrutia, quizá, ha comenzado a vivir imperecederamente en el cielo y en su poesía,

porque el sueño y la muerte nada tienen ya que decirse.

A. F. S. (R. Dominicana.)

NO SOY AGNOSTICO, DICE HEIDEGGER

* * * El filósofo ha concedido una entrevista a Roger Van Hecke, en su retiro de Hochschwarzwald. El trabajo del periodista ha aparecido en *Le Figaro Literaire*. El «inventor» del existencialismo dice cosas interesantes, entre otras que «Sartre es un buen escritor, pero no es un filósofo». Por referirse a un tema de indudable importancia, tratado no hace mucho en las páginas de nuestra Revista, reproducimos a continuación un párrafo de las palabras de Heidegger, tal como aparecen en la entrevista mencionada:

Se dice que soy agnóstico. Esto es falso. Yo dejo intencionadamente aparte el problema de Dios porque se ha creado un malentendido como consecuencia de una insuficiente interpretación del pensamiento griego por el cristianismo. La filosofía de la Edad Media, al incorporar la filosofía de Aristóteles, resulta falseada, ya que no es más que una simple yuxtaposición de ésta sobre el espíritu cristiano. La «physis» no es un mundo ya hecho, como lo han querido los cristianos, sino un mundo en formación que va manifestándose. La verdad consiste en estas manifestaciones sucesivas de la Naturaleza.

Continúa diciendo el periodista que estas ideas han sido expuestas en el prólogo añadido a la 5.ª edición de *Was ist Metaphysik?*, traducido al español por el R. P. Ceñal, S. J. (Por cierto que el nombre de nuestro colaborador es el único extranjero que aparece a lo largo de las declaraciones.)

Por último se anuncia que próximamente publicará Heidegger una obra de metafísica.

NOTA SOBRE DIONISIO HERRERA

* * * En este pasado año de 1950 se ha cumplido el primer centenario de la muerte en el destierro de un singular hombre político de la entonces República Federal Centroamericana. Dionisio Herrera, hondureño, maestrillo al arranque de su carrera política y director de Escuela a su final y a la hora de la muerte, es un sujeto inquietador, revolucionario a la francesa, casi un conservador sin embargo, y, en fin, factor decisivo en las luchas interprovinciales que conmovieron casi de continuo la poco pacificada tierra del Itsmo. Herrera gobierna las entonces provincias confederadas de Honduras y Nicaragua. El hombre que fracasó rotundamente en su intento de ser diputado por Guatemala, consigue con paciencia y energía—amén de inteligencia—la pacificación de estos pequeños países, y son muchas las ocasiones en que su positivo valor y clara visión de los acontecimientos políticos y militares le hace llevar victoriosamente a sus huestes en contra de asonadas y montoneras.

En su período de gobierno en Guatemala combate varias guerras civiles tanto con manifiestos e indultos como con las armas. El Congreso nicaragüense, a raíz de estas guerras, le dimite, para luego volverle a llamar al Poder. Un sinfín de veces Herrera, poseedor de las plazas fuertes de León y Granada, triunfa de los revolucionarios consiguiendo aminorar grandemente las asonadas hasta gobernar un país tranquilo hasta el fin de su período de jefatura. Ter-

minado éste, se retira a Honduras, donde es perseguido y, finalmente, desterrado a El Salvador, en cuya capital muere en 1850.

¿Qué clase de hombre fué Dionisio Herrera? Gobernante pacífico, sólo su liberalismo a la francesa pudo impulsarle a actos violentos y censurables en su juventud. Producto original de la época, creyó en el autoritarismo, no del Estado, sino de los gobernantes, pero con indulgencia y bondad casi rousseaunianas. En un ditirambo se decía de él:

«Su cabeza activa y fecunda combinaba los grandes problemas de la legislación y la política. Su estudio privado, su trato íntimo con dos grandes literatos, honor de su país: Goicoechea y Valle, habían desarrollado en él un carácter de empresa, un talento de gobierno, un tacto y conocimiento de los hombres y los negocios.» (*Panegírico a la muerte de Herrera.* «El Progreso», número 12. Cojutepeche. El Salvador, 1850.)

Estas cualidades de gobernante de Dionisio Herrera fueron constatadas precisamente durante su pacificación de la revuelta Nicaragua. Como legislador aprobó un proyecto del canal por Nicaragua, antecedente del actual tratado Bryan-Chamorro, tan criticado por los mismos liberales. Indujo igualmente al Congreso Federal hacia una reforma de la Constitución centroamericana.

Siendo ya director de su escuelita salvadoreña, se negó a servir la jefatura de ese Estado, y allí continuó hasta que un día, el 13 de junio de 1850, amaneció enlutada la escuela.

Los biógrafos centroamericanos aman el testamento de Herrera; no así los jóvenes sociólogos, quienes enjuician como funesta su herencia de juventud: Al hacerse elegir en Nicaragua, siendo militar ajeno al poder civil, inició la égida del militarismo gubernamental centroamericano.

M. C.
(Nicaragua.)